

correr por el pueblo la noticia de que un simple pastorcillo pintaba y hacía monos de madera, después de que surgieran varias propuestas para que yo saliera del pueblo y me dedicara a estudiar, después de aquellas palabras que me daban sin llegar a convertirse en realidad, y viendo la penuria de mis padres para que me pudieran ayudar, un feliz día, sin más ni más, de la mano de mi pobre abuela que contaba setenta y tantos años, abandoné la majada de pastores, abandoné mi pueblo y con el traje de zagal, porque no tenía otro, me presenté en Toledo. Pensar que era el año 1924, que no había más medios de comunicación que el tren. Tampoco puedo olvidar que eran los días de Navidad, y que en aquellos tiempos la Navidad era muy significativa para todo el mundo, pero para los pastores era mucho más. Pensar que eran días de zambombas y de villancicos en las majadas, y os daréis cuenta lo que para mí fue aquella salida.

Pero dentro de todos aquellos recuerdos, hay otro más significativo para mí. Por eso os lo traigo aquí, en estos precisos momentos, y es que, en el tren, nos habían robado un bolso donde traíamos todo nuestro capital. Era un bolso con las quince pesetas que había recaudado al despedirme de mis familiares.

Luego entré en Toledo en una Navidad, con el envoltorio de las esculturas, la carpeta de mis dibujos debajo del brazo y de la mano de mi abuela, cargado de ilusiones, pero sin una perra. Y ya no os voy a decir la odisea de los primeros días y los primeros meses. No viven ni mi abuela ni los profesores con quien conviví en la Escuela de Artes y que fueron los que cuando vieron mis aptitudes, hicieron posible que esta Excma. Diputación Provincial, hiciera el milagro de concederme una beca para que pudiera sostenerme y poder desarrollar mis estudios en dicha Escuela. La beca era de mil pesetas al año, más con quinientas pesetas que me mandó el Ayuntamiento de mi pueblo, fue con lo que empecé a vivir aquí, en Toledo. Por lo tanto, a los que componían el Ayuntamiento de Urda, a los que gobernaban esta Corporación Provincial, tengo que agradecer que después de tantos años, tenga que estar aquí recogiendo esta recompensa que me habéis concedido. Recompensa que recojo con todo el calor de mi corazón, y que estoy seguro que servirá para reforzar las fuerzas que me quedan en el resto de mi vida. Porque, si bien es verdad que en aquella soledad de los campos de Urda nací artista, también es verdad que moriré siendo artista. Luego esta Medalla que me concedéis servirá para darme alientos y seguir haciendo mis creaciones, y de esta forma poder engrandecer a Toledo y a su provincia con las obras que salgan de mis manos.

Pero no sería sincera mi palabra, si en estos momentos no tuviera un recuerdo para todos aquellos hombres que me ayudaron en mis primeros momentos, como también, para aquellos que fueron pensionados por esta Excma. Diputación, los mismos años en que lo fui yo. Aquellos que surgieron de la nada, en los distintos pueblos de la provincia de Toledo, y que fueron compañeros míos en los años del 25 al 30.